

Fray Buenaventura Aránguiz y el *Cautiverio Feliz*

JOSE ANADON

Las referencias de cronistas coloniales sobre el *Cautiverio feliz* son breves e incompletas¹. La primera revisión crítica de toda la obra es de un anónimo del XIX, muy probablemente del franciscano Buenaventura Aránguiz; el texto nunca se imprimió. Es hora de conocer mejor las ideas de este autor olvidado, no carente de mérito, a quien debemos el que se haya conservado el original de Pineda y Bascuñán. El manuscrito del *Cautiverio* llegó por azar a las manos del padre Aránguiz, durante los desórdenes por la independencia del país: “Tube —dice— la felicidad inesperada que viniese a mis manos por las de un paysano benemérito este apreciable fragmento de la historia civil y política de nuestro Chile”². Conocía el libro y su valor: “Hacían [sic] años que le oya sitar, y siempre con respeto”, pero hubo también una razón personal que avivó ese interés. Uno de sus antepasados, el capitán Rodrigo de Aránguiz, pereció en la mis-

¹Véase un resumen de la crítica sobre Pineda, desde Diego de Rosales hasta Néstor Meza Villalobos, en Sergio Correa Bello, *El “Cautiverio feliz” en la vida política chilena del siglo XVII* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965), pp. 17-37.

²Los pasajes de Aránguiz que citamos provienen del apéndice.

ma batalla de Las Cangrejeras donde Pineda cayó prisionero e inició la famosa aventura que el padre leía casi dos siglos después³.

Se desconocía el paradero del manuscrito inédito del autor; figuró en el inventario de bienes que se hizo poco después que Pineda murió viajando hacia Moquegua, en el Perú, en 1680; fue el último dato preciso, recientemente constatado⁴. Críticos modernos afirman, o repiten, que circularon muchas copias en el Perú, pero no hay prueba concreta de ello. Con todo, el testimonio de Aránguiz prueba que el texto se conocía de algún modo en Chile. El ejemplar que poseyó Aránguiz es el único que se conoce; y comparándolo con otros escritos de Pineda, se puede establecer que es ológrafo.

Prieto del Río escribió una breve biografía de este devoto fraile, dando escasa atención al trabajo crítico⁵. Calcula su fecha de nacimiento hacia 1766. Aránguiz se inclinó pronto al estado eclesiástico e ingresó a la orden franciscana; fue distinguiéndose hasta ocupar en 1813 el más alto puesto: provincial. Sus contemporáneos le reconocieron curiosidad intelectual y cuentan que dedicaba largas horas al estudio. Vivió la época turbulenta del viejo orden colonial que se consumía y fue una de las víctimas patriotas, hacia quienes al parecer se inclinó, como criollo. Tanto lo afectó el Desastre de Rancagua y la ocupación de su convento por tropas realistas, que estos hechos precipitaron su muerte, en 1816. Su maestro, fray José Javier de Guzmán, escritor religioso, elogió por escrito a su alumno predilecto⁶. Al

³Dio la primera noticia el historiador Eyzaguirre: "El reverendo padre frai Buenaventura Aránguiz, deudo del capitán D. Rodrigo de Aránguiz, que murió en la jornada de las Cangrejeras, obtuvo como religioso en su comunidad un lugar mui distinguido por sus virtudes, gobernó la provincia de su órden y le prestó servicios eminentes: como ciudadano fué patriota esclarecido, sin que ni las cárceles ni los destierros que sufrió le retrajesen de trabajar en favor del sistema republicano", José I. V. Eyzaguirre, *Historia eclesiástica, política y literaria de Chile*, I (Valparaíso, 1850), 492-3; Prieto del Río cita el mismo pasaje, *infra*, n. 5.

⁴Véase mi artículo "Los últimos años de Pineda y Bascuñán", *Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien (Caravelle)*. Numéro consacré au Chili, XX (Toulouse, France, 1973), 99-116.

⁵L. F. Prieto del Río, "El transcriptor del *Cautiverio feliz*", *El Independiente*, N° 3.349 (Santiago, 1875).

⁶Cf. José Javier de Guzmán, *El chileno instruido en la historia topográfica, civil y política de su país* (Santiago, Imprenta Nacional, 1834-36), 2 vols.

fallecer Aránguiz, el viejo Guzmán quedó en poder del original y la copia. Tenemos a la vista el resumen que el padre Aránguiz hizo del *Cautiverio feliz*, y en la primera página del “prólogo del transcriptor”, en la parte superior izquierda, se lee, de otra mano: “Esta obra es del R. P. Fr. Xavier Guzmán”. Luego, al final: “El R. P. Fr. Buenaventura Aránguiz, ex-provincial de San Francisco, que trascrivió esta obra, tuvo la moderación de ocultar su respetable nombre”. Prieto del Río asegura que estos dos trozos, con idéntica escritura, pertenecen al padre Guzmán; pero antes que él, el padre Eyzaguirre afirmó que Aránguiz fue el verdadero autor⁷. Se cree que el mismo padre Guzmán entregó el original y copia a los archivos chilenos nacionales⁸. Posteriormente se hicieron dos copias adicionales del extracto de Aránguiz⁹. Existe, pues, aunque algunos eruditos mencionan dos, sólo un texto completo de Pineda y Bascuñán: el original autógrafo.

Al revisar el manuscrito, el padre Aránguiz comprobó su lamentable estado: faltaban hojas, se hallaba sucio, maltratado, y mutilado. Fray Buenaventura tomó la determinación de preservar esta reliquia nacional, publicándolo, pero sus esfuerzos por imprimirla resultaron inútiles. El nuevo espíritu revolucionario que dominaba al país, y la habitual indiferencia por obras antiguas, no lo permitieron:

Lamenté nuestra suerte en la falta de prensa, y que dando a luz todos los días mil impressos ridículos, llenos de ineptas y fruslerías, todavía se hallasse nuestro Chile en un estado tan dormido, que no pudiesse perpetuar por la impresión aun los fundamentos primordiales y más esenciales connotaciones de su historia; dexando expuestas al tiempo tragador, y aun injurias [injuriador], las memorias más bellas e importantes de su fundación, primera población, sangrientas guerras y sus conquistas.

⁷Dijo Eyzaguirre: “El franciscano frai Buenaventura Aránguiz ... emprendió su transcripción que hizo efectivamente de su misma letra”, *loc. cit.*, pp. 492-3.

⁸Se encuentran en el Archivo Nacional, Santiago de Chile, *Fondo Antiguo*; el original, en el vol. XXXVII; la copia, en el XXXVIII.

⁹Se hallan en el Archivo Nacional, Santiago de Chile, colecciones *Eyzaguirre*, vol. LXIII y *Gay-Morla*, vol. II.

Estos contratiempos no desanimaron del todo al padre Aránguiz, quien decidió hacer copiar el manuscrito. Para esa tarea, el franciscano debió solicitar apoyo económico, pero “ningún regnícola pudiente arbitraba costear un amanuense”. Decide, al fin, transcribirlo de su puño y letra. La buena voluntad fue grande, pero los resultados pobres, pues sólo resumió la obra; “escribió velosmente”, omitió extensas digresiones “porque me faltó la salud, la paciencia, y el tiempo que havía robado a otras ocupaciones más íntimas y obligatorias en conciencia, contentándome solamente con transcribir la historia desnuda”; y censuró y eliminó algunos pasajes por motivos morales:

Esta obra parece una *novela* agraciada y lastimosa, y por lo mismo commuebe a la curiosidad de su lectura: y assí me pareció cosa indecorosa propinar (ni aun con pretestos históricos) a los jóvenes de ambos sexos este veneno, que trahe la péssima recomendación de una verdadera comedia. Por cuyo motivo, sin agraviar a las noticias históricas, he bosquejado estos pasages, sin darles el vivo de todos sus colores, con que aparecieron tan immundos como inhonestos.

El criterio limitado del buen padre produjo una copia de escaso valor; quedó en el olvido cuando, más de medio siglo después, en 1863, se publicó el original completo¹⁰. Desgraciadamente, igual fortuna tuvo el interesante ensayo crítico, el torpe homenaje lírico en veintiséis décimas que lo acompaña, y las notas del resumen, donde fray Buenaventura hace observaciones sobre los libros históricos de su contemporáneo el abate Molina.

No olvida Aránguiz, como a menudo lo hizo la crítica posterior, ninguna de las diferentes partes que componen la obra miscelánea de Pineda. Las juzga según sus propios méritos, aunque muy benévolamente. Le encuentra al *Cautiverio* cualidades novelísticas, como se vio en la cita anterior; otra vez dirá: “Tu vida es novela viva / una animada tragedia / o bien andante comedia / tan moral, como instructiva”. Observa las extensas digresiones religiosas, pero piensa que don Francisco “las trata con inimitable destreza”. Los recuerdos históricos, dice, aparecen en lugar apropiado para corroborar argumentos. En los razo-

¹⁰Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile* (1673), Diego Barros Arana, ed., en *Colección de historiadores de Chile*, III (Santiago, 1863).

namientos sobre cuestiones judiciales, "aparece un Justiniano". Expresa que la calidad de los poemas que traduce, o glosa, revelan fino gusto literario. Y, en fin, que la obra de Pineda muestra un hombre de carácter noble: "la ingenuidad, verdad, desinterés y juiciosa libertad en describir es el espíritu que anima a su obra". El fraile leyó la obra sin ánimo contencioso y con gran simpatía. Un mejor conocimiento biográfico de Pineda ha demostrado que los juicios de Aránguiz resultan un poco exagerados.

Las veintiséis décimas que escribe Aránguiz también expresan, a su modo, impresiones sobre el *Cautiverio*. Recuerda las cualidades del libro, la fisonomía del protagonista, algunos episodios del cautiverio, etc. Desde Prieto del Río hasta Guillermo Feliú Cruz¹¹ se han reproducido algunos versos de Aránguiz, los cuales se transcribieron por primera vez. En una ripiosa décima que aparece en el manuscrito, fray Buenaventura elogia el conocimiento que tuvo Pineda y Bascuñán "de los ritos araucanos" y añade: "y de sus genios humanos / acérximo defensor". Que sepamos, es el primer pasaje donde el famoso maestro de campo aparece como defensor de los indios, uno de sus títulos mayores.

Fray Buenaventura añadió notas críticas al texto resumido del *Cautiverio*, las cuales hoy no se toman en cuenta; pero en ocasiones interesan, pues se refieren a la obra de un escritor colonial, contemporáneo suyo, el abate Juan Ignacio Molina, el sabio jesuita expulso en Italia:

No pude escusar, en obsequio de la verdad, las notas que ban sembradas en el cuerpo de la obra. Principalmente los reparos sobre la historia civil y política que escribió en compendio el sabio abate chileno don Juan Ygnacio Molina. Descubro sus involuntarios anacronismos, no por espíritu de contención (que lo aborresco) respecto de tan sabio autor que merece todo nuestro respeto, sino por dejar llano y expedito el sendero a la verdad histórica chilena en la legítima chronología de los tiempos. Este ex-jesuita, gran varón, trabajó qual ninguno en metodizar su *Compendio histórico* en Immola y Bo-

¹¹Guillermo Feliú Cruz: "El tercer estudio: La crítica histórica al libro de Bascuñán, *El cautiverio feliz* (1850)", en *Barros Arana, historiador*, V (Santiago, 1959), 49.

lonia, sin tener a la mano el adminículo de otros papeles que le huvieran servido a sus juiciosas combinaciones, de los que aún en el día de oy abunda nuestra patria; y sus hijos los reserban como presiosas alhajas, que heredaron de sus gloriosos progenitores.

Estas indicaciones coetáneas, basadas en pruebas documentales, no han sido recordadas por la crítica¹².

Resumiendo: debemos al padre Aránguiz, a su solicitud y empeño, que se preservara el autógrafo de Pineda en momentos inestables del país. Su labor crítica es desigual. Por un lado, identificó y valoró las partes principales de la obra, pero un elogio desmedido no lo llevó a plantearse, entre otras cosas, el problema que tan extensos razonamientos causaban en la unidad y estructura de la obra. Demostró a veces buen sentido, pero no siempre imparcial objetividad. La transcripción del ensayo crítico tiene hoy mayor interés que los humildes versos; vayan en señal de gratitud al gran servicio histórico que nos prestó el interés de Aránguiz por el *Cautiverio feliz*.

A P E N D I C E

ARCHIVO NACIONAL, SANTIAGO DE CHILE, FONDO ANTIGUO, VOL. XXXVIII

Prólogo del transcriptor

Siglos venideros con vosotros hablo. Atended y recibid este precioso monumento de las antiguedades gloriosas del felis Chile. Desnudaos por ahora del nacional fanatismo, y calificad con justicia al incomparable mérito. Quando veas a un héroe acantonado en lo más oculto de la tierra, cuyas proesas aún en su niñez se hicieron admirables, confesad, que el mundo todo y sus ángu-

¹²Cf. Hernán Briones Toledo, *El abate Juan Ignacio Molina. Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra* (Santiago, 1968); y Januario Espinoza, *El abate Molina* (Santiago, 1946).

los más recónditos es la patria legítima del hombre, y que la creación de almas inmensas no se circunscribe a solas las magníficas cortes y naciones más brillantes del globo. La tierra jamás produjo racionales espíritus, ni la facultad creativa de tan sublimes seres concedió el Supremo Autor a la materia. Así la reservó el que no es aceptador de personas, y después de enriquecidas la Europa, Africa y Assia con unos hijos que fueron su admiración y su gloria, no dexó sin parte su generosa equidad a las Américas, a quienes franqueó unos alumnos capaces de fixar épocas en los siglos.

Entre estos íclitos atletas, apareció por los principios del siglo 17, en nuestra América meridional, el celeberrimo autor y dignísimo chileno que dio a luz el *Cautiverio feliz y guerras dilatadas de Chile*, el cavallero don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, maestre de campo general del exército de su majestad en Chile. Los respectables hechos de su puerilidad únicamente le vaticinan, aun entonces, un prócer, un campeón de la aventajada estirpe de gigantes. Faltóle un campo dilatado para la estención de sus glorias; fortuna, para el progresso violento y muy meditado en la amplitud de sus ideas; testigos de primera cepción, para llevar tras sí las pregoneras voces de la fama y del respeto; inmediación al trono, para los brillos de su relevante mérito; autorisados Mecenas, para la exaltación justíssima de su nombre; y a tener como un Alejandro a Quinto Curcio, como un Aníbal a Mariana, o aun Tito Livio como Rómulo, su fama huviera llenado los espacios anchurosos de la tierra.

Tube, pues, la felicidad inesperada que viniese a mis manos por las de un paysano benemérito este apreciable fragmento de la historia civil y política de nuestro Chile. Hacían años que le oya sitar, y siempre con respeto: y entrando a registrarle hallé un dilatado volumen manuscrito, tan maltratado y lacerado, que él solo era el testimonio fidedigno de la antiguedad de su origen; de la estimación con que de mano en mano llebó su ruta hasta el Perú; del prurito y esmero con que fue leído; y últimamente del estado infelis en que se hallaba, inferí justamente la ingrata suerte de su autor a quien desde su infancia hasta su noble posteridad le acompañaron las desgracias. La vista desnuda, ni el común espejo, era ya bastante para leerle y distinguir sus borrados y confusos caracteres, que a haver un telescopio tan perspicaz para la inmediación de los objetos, como lo hay para la

commensuración de sus distancias, ya nos hubiéramos valido de este mecanismo para entrar con más felicidad a su lectura. Lamenté nuestra suerte en la falta de preza, y que dando a luz todos los días mil impressos ridículos, llenos de ineptias y fruslerías, todavía se hallasse nuestro Chile en un estado tan dormido, que no pudiesse perpetuar por la impresión aun los fundamentos primordiales y más esenciales conotaciones de su historia; dexando expuestas al tiempo tragador, y aun injurias [injuriador], las memorias más bellas e importantes de su fundación, primera población, sangrientas guerras y sus conquistas.

Multiplicóse indeciblemente mi dolor, quando reparé en el enunciado libro del *Cautiverio feliz*, que en el Discursso primero faltaban dos fojas, y talves muy interesantes a la puntual explanación de algunos hechos conducentes a la historia chilena. Y mucho más se agravó mi sentimiento, quando supe que no havía en el Reyno otro exemplar por donde nos pudiésemos conducir para sacar en limpio, y puntualmente, las verdades assí cardinales como incidentes de la historia. Ympulsado de estos poderosos motivos, y asorado del natural y dulce amor a la patria, como igualmente de un congénito deseo de ver transmigradas de generación en generación las laudable[s] memorias de nuestros padres, tomé por un tenás empeño (ya que ningún regnícola pudiente arbitraba costear un amanuense) el transcribir esta deliciosa obra de mi propio puño (aunque velosmente) y ofrecerla como rica presea a la venidera posteridad, antes que tan felices recuerdos quedassen sepultados en el pantheon te-nebroso del olvido.

A causa de otras ocupaciones más serias que me rodean, sólo se havía estendido mi primer designio a formar un índice de toda la obra, aunque ampliados sus títulos, anunciativos de los puntos principales que se contenían en cada capítulo. Assí comensé y seguí hasta el medio del Discursso segundo. Pero después reflecionando que quedaban desayrados e insultos los pasages más agraciados de la historia, y lánguida enteramente su narración, y que a costa de poco más trabajo podía enmendar ese notabilíssimo defecto, tomé el partido de seguir un contexto historial, desde el medio del Discursso segundo hasta el fin de la obra, volviendo a rehacer y transcribir puntualmente todo el Discursso primero, hasta el capítulo quinto del Discursso

segundo. De modo que quedó con toda legalidad trasladado y cabalmente organizado el *Cautiverio feliz*.

La erudición que tiene el original es omnígena y bastíssima en todo ramo de literatura assí humana, como sagrada. Sería un problema digno de una gustosa controversia si preguntáramos: "Por ventura, don Francisco Bascuñán fuese más soldado que literato?" Las materias theológico-escolásticas las trata con inimitable destresa y en las legales aparece un Justiniano. En la historia usa de la oportunidad más discreta, en la felis contracción de los pasages, a los fines de su comprobación. En el poema es el encanto de las musas, y se conoce haver tratado con los primeros avitadores del Parnaso. Oracio, Virgilio, Ovidio, Juvenal, Píndaro, Lucano y Propercio fueron las delicias de su númer poético y bello gusto. El númer peligroso de historiador lo poseyó con toda perfección. La ingenuidad, verdad, desinterés y juiciosa libertad en escribir es el espíritu que anima a su obra. En fin es de admirar la estensión de su lectura en el tiempo más penoso de la guerra con los araucanos, que debe computarse con su vida, desde el año de 1625 en que lo trasladó su padre del colegio al exército de nuestras fronteras, hasta el año de 1640 en que presumo escribiría la historia de su cautiverio. Por cuyas relevantes exelencias merece dilatados encomios que en un breve prólogo no se pueden ajustar sin equivocarse con el empleo de un sensor.

He omitido entrar a transcribir el emplísimo cuerpo de erudición que ocupa la obra, porque me faltó la salud, la paciencia y el tiempo que havía robado a otras ocupaciones más íntimas y obligatorias en conciencia, contentándome solamente con transcribir la historia desnuda, y dar a la posteridad sus hechos más precisos, que si nuestra suerte quisiere en algún tiempo concedernos que veamos darse a lus la historia general del Reyno, ellos tendrán su primer lugar en el aprecio y entrará a tejer una rica y vistosa tela, que será agradable al orbe literario.

No pude escusar, en obsequio de la verdad, las notas que han sembradas en el cuerpo de la obra. Principalmente los reparos sobre la historia civil y política que escribió en compendio el sabio abate chileno don Juan Ygnacio Molina. Descubro sus involuntarios anacronismos, no por espíritu de contención (que lo aborresco) respecto de tan sabio autor que merece todo nuestro respeto, sino por dexar llano y expedito el sendero a la

verdad histórica chilena en la legítima chronolojía de los tiempos. Este ex-jesuita, gran varón, trabajó qual ninguno en metodizar su *Compendio histórico* en Immola y Bolonia, sin tener a la mano el adminículo de otros papeles que le huvieran servido a sus juiciosas combinaciones, de los que aún en el día de oy abunda nuestra patria; y sus hijos los reserban como presiosas alhajas, que heredaron de sus gloriosos progenitores.

Ultimamente consultando a la moral pudicisla he figurado (y también desfigurado) y aun pasado sobre brasas algunos pasages históricos poco honestos: que aunque en el autor por su carácther piadoso y regulado, por su candor y sinceridad, y por la verdad histórica, no es susplicable de malicia en escribirlos; en mí huvieron rezelos para transcribirlos con la misma llaneza del autor. Esta obra parece una *novela* agraciada y lastimosa, y por lo mismo commuebe a la curiosidad de su lectura: y assí me pareció cosa indecorosa propinar (ni aun con pretestos históricos) a los jóvenes de ambos sexos este veneno, que trahe la péssima recomendación de una verdadera comedia. Por cuyo motivo, sin agraviar a las noticias históricas, he bosquejado estos pasages, sin darles el vivo de todos sus colores con que aparecieron tan immundos, como inhonestos. Me ha parecido hacer estas advertencias para que los siglos venideros (a quienes consagro este trabajo) comprehendan el mérito del original que he trasladado, y les pueda servir en todo tiempo este prólogo como un testimonio legalizado según la veracidad del transcriptor.

Dios os prospere siglos venideros.

(Seguido, con letra diferente) El R. P. Fr. Buenaventura Aránguiz, ex-provincial de San Francisco, que trascrivió esta obra tuvo la moderación de ocultar su respetable nombre.